

Palabras de despedida al Padre Daniel

Desde el Escritorio del Párroco

Hay una fotografía en la estantería de mi oficina en la que aparezco junto a otros nueve sacerdotes. Lo que todos tenemos en común es que somos sacerdotes de la Diócesis de Little Rock y que yo fui mentor de cada uno de estos jóvenes al comienzo de su sacerdocio. Ocho de los nueve recibieron mi mentoría únicamente en San Rafael, en Springdale. El último de estos nueve sacerdotes es el Padre Daniel. Como muchos de ustedes saben, él pasó un año conmigo en Springdale antes de que ambos llegáramos a Conway en 2023.

Cada uno de estos sacerdotes jóvenes pasó diferentes períodos de tiempo conmigo a lo largo de los años antes de recibir su primer nombramiento. Dos de ellos pasaron solo un año conmigo, tres pasaron dos años, tres más pasaron tres años, y el Padre Daniel pasó más tiempo conmigo, casi cuatro años, 45 meses para ser exacto.

Nunca he escrito una carta de despedida a uno de mis asociados cuando se preparaban para dejar la parroquia. Simplemente decía algunas palabras en su Misa final. Sin embargo, estoy haciendo algo diferente con el Padre Daniel. Este Domingo de Pascua, la Misa de las 10:30 a. m. será la última Misa del Padre Daniel como vicario parroquial en San José. Las palabras que siguen son mi despedida para él, y las comparto con ustedes.

Si una palabra pudiera describir los muchos atributos del Padre Daniel, esa palabra sería apasionado. De todos mis asociados, su pasión es tan evidente que todos pueden verla.

Hace cuatro años, el Padre Daniel llegó a Springdale siendo un sacerdote joven, inexperto y nervioso. Mi corazón estaba con él, pues sabía lo asustado que estaba, y que San Rafael sería demasiado para él si no lo protegía. Hice justamente eso. Sin embargo, incluso en los momentos de ansiedad al inicio de su sacerdocio en San Rafael, vi a un joven con pasión por el ministerio y por la vida. Esta pasión por cumplir con su parte del trabajo se evidenciaba en su disposición a hacer cosas y a salir de su zona de confort. Por ejemplo, ofreció una clase en español, un segundo idioma que aún estaba aprendiendo, debido a su pasión por vivir la vida de sacerdote. Tenía pasión por el ministerio en general, como trabajar con nuestro Grupo de Jóvenes con el deseo de que más jóvenes latinos participaran. También organizó una conferencia de fin de semana para parejas casadas porque quería que ellas abrazaran aún más la vida matrimonial.

Una vez que nos mudamos a Conway, comencé a ver surgir otra pasión de Padre Daniel. Su participación en nuestra escuela fue sin precedentes y estaba motivada por su amor por la educación católica. Padre Daniel fue formado en escuelas católicas, y su aprecio por nuestra escuela se evidenciaba en la cantidad de tiempo que pasaba recorriendo los pasillos de

nuestros edificios escolares, jugando con los estudiantes en el patio o visitando las aulas. Su entusiasmo era evidente para todos. Un claro ejemplo de ello fue su elocuente discurso sobre la educación católica durante nuestro banquete de Endowment el pasado octubre.

Esta pasión continuó con su increíble habilidad para aprender los nombres de todos nuestros estudiantes. No estoy seguro de que pudiera hacer lo mismo con los nombres de los padres de los estu, pero aun así era asombroso. Quería conocer a todos nuestros niños por su nombre porque era importante para él establecer esa conexión. Padre Daniel disfrutaba pasar tiempo con las familias. Este amor por la familia fue algo que noté desde los primeros días de su sacerdocio.

El Padre Daniel, desde el primer día, tuvo una pasión por celebrar los sacramentos, el núcleo de lo que somos como sacerdotes. Aunque solo he escuchado algunas de las homilías del Padre Daniel, sé que tiene una pasión por compartir en ellas el amor por la Palabra, el amor por Cristo y el amor por la Iglesia. Además, podía preparar sus homilías mucho más rápido que yo. Le apasionaba escuchar confesiones y le encantaba celebrar bautismos y bodas.

Otra pasión del Padre Daniel era su espíritu competitivo. Ya fuera jugando kickball con nuestros estudiantes en otoño o primavera, viendo o escuchando a los Razorbacks, o animando a su equipo favorito, los St. Louis Blues, su amor por el juego era evidente. Sus fuertes gritos cuando algo bueno sucedía o sus alaridos cuando algo malo pasaba revelaban una verdadera pasión por la competencia. Siempre le decía que era demasiado competitivo, pero eso viene de un sacerdote sin espíritu competitivo. Él odiaba y nunca creyó la frase que yo decía a menudo: "Es solo un juego."

Las dos últimas pasiones que he visto en el Padre Daniel revelan fundamentalmente quién es él como sacerdote y como hombre. El Padre Daniel ama a su familia. Proviene de una familia muy católica que alimentó su fe y promovió su vocación al sacerdocio. Al Padre Daniel le encanta pasar tiempo con sus padres y hermanos, y especialmente con sus sobrinos y sobrinas. La pasión por su familia está en el centro de quien es el Padre Daniel. Esto le ayuda a mantenerse conectado con aquello que le dio un amor por la vida, la familia y el sacerdocio.

Finalmente, el Padre Daniel tiene una verdadera pasión por el sacerdocio y por su identidad como sacerdote. Incluso como el joven asustado que conocí hace cuatro años, mostraba un amor por su sacerdocio que siempre fue la parte más fuerte de quien era. Es un sacerdote más espiritual y más entregado a la oración que yo. La pasión por su sacerdocio es profunda. Esta pasión es evidente en su ministerio, en su amor por la escuela y la familia, en su cuidado por el pueblo de Dios y en la celebración de los sacramentos.

La verdad es que el Padre Daniel es un hombre con muchos talentos. En muchos sentidos ha superado a su mentor, que es exactamente lo que yo deseaba para aquel joven nervioso y ansioso. Para mí, hacerme a un lado y permitirle brillar siempre ha sido mi objetivo. Nada me da más alegría que escuchar cuánto lo quieren en San José y qué sacerdote tan extraordinario es. Eso significa que ha crecido en su sacerdocio y que mi labor está cumplida.

La foto de mis nueve asociados a quienes he acompañado es un recordatorio para mí de orar por ellos todos los días. Mientras el Padre Daniel parte de entre nosotros, ahora se une a los otros ocho como ex asociado. Rezo por él y por los demás más de lo que ustedes imaginan.

El Padre Daniel llegó a mí como un sacerdote joven, inexperto y nervioso. Lo tomé bajo mi cuidado, pero ahora es momento de permitirle crecer como administrador y luego como párroco en San Marcos en Monticello. Estoy orgulloso de él y lleno de orgullo por el sacerdote en que se ha convertido después de cuatro años. Sé que hará cosas extraordinarias como párroco y sacerdote en nuestra diócesis en los próximos años. Lo voy a extrañar muchísimo. En lo personal, él fue lo que necesitaba en esta etapa como mentor mayor, sobre todo con las múltiples responsabilidades que he asumido en estos últimos tres años aquí en San José y en la diócesis. Ha sido esencial para que pudiera llevar adelante tantos compromisos.

El Padre Daniel es el número nueve en una serie de asociados en San Rafael que, providencialmente, tuvo la oportunidad de venir conmigo a Conway y convertirse en mi primer asociado aquí en San José. Me alegra que haya podido venir a San José y mostrar a todos su pasión por el sacerdocio y el ministerio, y ser “Padre Daniel” para todos nosotros. Puede que haya sido mi noveno sacerdote nuevo, pero siempre será el número uno en mi libro y en mi corazón.

Te queremos, Padre Daniel. Gracias por brindarnos tu compañía y tu entrega durante estos últimos años. Te vamos a extrañar y recordaremos cuánto impacto tuviste en nuestras vidas. ¡No te olvidaremos! La gente de San Marcos y sus misiones están bendecidos de recibirte como su administrador. Como dicen, “¡Lo que para nosotros es una pérdida, para ellos es una ganancia!”

¡Que Dios te bendiga siempre!

Padre John